

Los Últimos Tiempos y la Era del Espíritu Santo

Revelaciones hechas por el Señor a Concepción Cabrera de Armida o *Conchita* (nombre con el que fue conocida). Nació el 8 de diciembre de 1862 en el seno de una familia acomodada en la Hacienda de Jesús María en San Luis Potosí, ciudad del norte de México. Contando con 21 años de edad firmó compromiso con Francisco Armida, contrayendo nupcias en el la Iglesia del Carmen el 8 de noviembre de 1884. El matrimonio tuvo entre 1885 y 1899 nueve hijos. El 17 de septiembre de 1901 muere Francisco Armida. Concepción Cabrera se dedicó, tras quedar viuda, al estudio y al apoyo del estudio de sus hijos, nunca entró a la vida religiosa. Esta mujer mexicana esconde en el fondo de su alma una extraordinaria vida apostólica, un ardor heroico para imitar a Jesús e identificarse con el Crucificado. Sin haber vivido nunca en un claustro, Concepción Cabrera de Armida es la inspiradora de la Obras de la Cruz. Prolífica escritora mística, Conchita ha dejado sesenta y seis volúmenes manuscritos, una obra tan amplia como la de Tomás de Aquino, un trabajo inmenso, un Diario espiritual que encierra tesoros de enseñanzas, de luz para toda la Iglesia y todos los hombres de hoy. Murió el 3 de marzo de 1937, a la edad de 75 años. Fue reconocida como Venerable el 20 de diciembre de 1999 por Juan Pablo II. He aquí pues estas revelaciones hechas por el Señor a Conchita sobre el Espíritu Santo, el segundo Pentecostés y la Era del Espíritu Santo; se contienen en el libro de M. M. Philippon, o.p., titulado: *Conchita - Diario Espiritual de una Madre de familia*.

Páginas 100 - 103

Para muchos cristianos el Espíritu Santo es un desconocido. El Señor revela a Conchita su identidad personal en el seno de la Trinidad donde Él es el Amor, y su misión en la tierra: conducir a las almas al hogar del Amor; de aquí la necesidad del reinado del Espíritu Santo y la urgencia de una renovación de su culto. La frase capital nos recuerda que « su misión en el cielo, su Vida, su Ser: es el Amor ». {...}

« Existe un tesoro escondido, una riqueza que no ha sido explotada ni se aprecia en su verdadero valor, siendo que es lo más grande del cielo y de la tierra: el Espíritu Santo. No, ni el mundo de las almas lo conoce debidamente. El es la luz de las inteligencias y el fuego de los corazones; y si hay tibieza, y si hay frío y debilidad, y tantos males que aquejan al mundo espiritual, es porque no se acude al Espíritu Santo.

« Su misión en el cielo, su vida, su Ser, es el Amor; y en la tierra, llevar a las almas a ese centro del amor que es Dios. Con El se tiene cuanto se puede apetecer, y si hay tristeza es porque no se acude al divino Consolador, que es el gozo completo del espíritu; si hay flaqueza es porque no se acude a la fortaleza invencible; si hay errores es porque se desprecia al que es la luz; si se extingue la fe es porque falta el Espíritu Santo.

« No, no se le da el culto que se le debiera dar en cada corazón, en la Iglesia entera, al Espíritu Santo; y la mayor parte de los males por los que se llora en la Iglesia y en el campo de las almas es porque no se le da toda la primacía que Yo le di a este Santo Espíritu, a esa tercera Persona de la Trinidad, que tuvo parte tan activa en la Encarnación del Verbo y en el establecimiento de la Iglesia. Se le ama

con tibieza, se le invoca sin fervor y en muchos corazones, aún de los Míos, ni siquiera se le recuerda y esto lastima muy hondamente a mi Corazón.

Es tiempo ya de que el Espíritu Santo reine, decía el Señor como conmovido, y no allá lejos, como una cosa altísima, aunque lo es; y no hay cosa más grande que El, porque es Dios, conjunto y consubstancial con el Padre y con el Verbo, sino acá cerca, en cada alma y corazón, en todas las arterias de mi Iglesia. El día que circule por cada Pastor, por cada sacerdote, como sangre, así de íntimo, el Espíritu Santo, se renovarán las virtudes teologales, que languidecen aún en los que sirven a mi Iglesia, por la falta del Espíritu Santo. Entonces cambiará el mundo, pues todos los males que en él se lamentan hoy tienen por causa el alejamiento del Espíritu Santo, su remedio único.

« Que reaccionen mis ministros en la Iglesia por medio del Espíritu Santo y todo el mundo de las almas será divinizado. Él es el eje en donde todas las virtudes giran, y no hay virtud verdadera sin el Espíritu Santo.

« El impulso celestial para levantar a mi Iglesia de cierta postración en que yace está en que se active el culto del Espíritu Santo, en que se le dé su lugar, es decir, el primer lugar en las inteligencias y en las voluntades. Nadie será pobre con esta riqueza celestial, y el Padre y el Verbo que soy Yo deseamos la renovación palpitante, vivificante de su reinado en la Iglesia.

« -Señor, pero si en la Iglesia sí reina el Espíritu Santo, ¿por qué te quejas?

« - ¡Ay de ella si no fuera así! Él es el alma de esa Iglesia tan amada. Pero de lo que me quejo es de que no se dan cuenta muchos de ese favor celestial, no le dan toda la importancia que se debe, lo hacen rutina; y languideciendo su devoción en los corazones es muy tibia, es secundaria, y esto trae males sin cuento, tanto a la Iglesia como a las almas en general. Por esto las Obras de la Cruz vienen a renovar su devoción y a extenderla por toda la tierra. Que impere en las almas este Santo Espíritu y el Verbo será conocido y honrado, tomando la Cruz un impulso nuevo en las almas, espiritualizadas por el divino amor.

« A medida que el Espíritu Santo reine se irá destruyendo el sensualismo que hoy inunda la tierra, y nunca enraizará la Cruz si antes no prepara el terreno el Espíritu Santo. Por esto se apareció Él primero a tu vista que la Cruz: por esto preside en la Cruz del Apostolado.

« Uno de los principales frutos de la encarnación mística es el reinado del Espíritu Santo que debe consumir el materialismo ». (Diario T. 35, p. 66-71, febrero 19, 1911).

{.....} « Creen las almas muy lejos al Espíritu Santo, muy elevado y por encima, y es, por decirlo así, la Persona divina más asistente con la criatura. La sigue a todas partes, la impregna de sí mismo, la llama, la cuida, la cobija, la hace su templo vivo, la defiende, la ayuda, la ampara del enemigo, y más cerca está que ella misma. Todo lo bueno que el alma ejecuta es por su inspiración, por su luz, por su gracia y auxilio, ¡Y

no se le invoca y no se le nombra ni se le agradece la acción tan profunda e inmediata con cada alma!

« Si llamas al Padre, si lo amas, es por el Espíritu Santo. Si te enamoras de Mí, si me conoces, si me sirves, si me copias, si te unes a mis quererres y a mi Corazón es por el Espíritu Santo.

« Se le considera intangible, y lo es, pero no hay sin embargo cosa más sensitiva, más cerca y al alcance de la criatura en su miseria que la altura más grande, que el Espíritu santísimo que se refleja y es una misma santidad y poder con el Padre y con el Hijo.

« Y los siglos han pasado siendo Él siempre el principio de todas las cosas, el sello sagrado de las almas, el carácter del sacerdote, la luz de la fe, el que infunde todas las virtudes, el riego que fecundiza el campo de la Iglesia, y sin embargo ni se le estima, ni se le conoce, ni se le agradece su influencia siempre santificadora. Si hay ingratitud para Mí en el mundo más la hay para con el Espíritu Santo. Por esto, al acabarse los tiempos quiero que se extienda su gloria. Uno de los dolores más crueles para mi corazón fue el de la ingratitud en todos los tiempos; el de la idolatría, entonces adorando ídolos, y hoy adorándose los hombres a sí mismos, es decir, el alejamiento del Espíritu Santo

« En estos últimos tiempos ha puesto su trono la sensualidad en el mundo, esa vida de los sentidos que ofusca y apaga la luz de la fe en las almas. Y por eso más que nunca se necesita que el Espíritu Santo venga a destruir y a aniquilar a Satanás que en esta forma se va introduciendo hasta en la Iglesia » (Diario T. 40, p. 186-18, enero 26, 1915).

Páginas 154 - 155

« Al enviar al mundo un como segundo Pentecostés quiero que arda, quiero que se limpie, ilumine e incendie y purifique con la luz y el fuego del Espíritu Santo. La última etapa del mundo debe señalarse muy especialmente por la efusión de este Santo Espíritu. Quiere reinar en los corazones y en el mundo entero; más que para su gloria, para hacer amar al Padre y dar testimonio de Mí, aunque su gloria es la de toda la Trinidad » (Diario T. 40, p. 180, enero 26, 1916).

« Dile al Papa que es mi voluntad que en todo el mundo cristiano se clame al Espíritu Santo implorando la paz y su reinado en los corazones. Sólo este Santo Espíritu puede renovar la faz de la tierra y traerá la luz, la unión y la claridad a los corazones.

« El mundo se hunde porque se ha alejado del Espíritu Santo y todos los males que le aquejan tienen su origen en esto. Ahí está el remedio porque El es el Consolador, el autor de toda gracia, el lazo de unión entre el Padre y el Hijo y el Conciliador por excelencia porque es caridad, es el Amor increado y eterno.

« Que a ese Santo Espíritu acuda todo el mundo pues ha llegado el tiempo de su reinado y esta última etapa del mundo a El le pertenece muy especialmente para ser honrado y exaltado. Que la Iglesia lo pregone, que las almas lo amen, que el mundo entero se le consagre y vendrá la paz, juntamente con una reacción moral y espiritual más grande que el mal que a la tierra aqueja.

« Que a la mayor brevedad se proceda a llamar con oraciones, penitencias, y lágrimas a este Santo Espíritu, suspirando por su venida. Y vendrá, Yo lo enviaré otra vez de una manera patente en sus efectos, que asombrará e impulsará a la Iglesia a grandes triunfos » (Diario T. 42, p. 156-158, septiembre 27, 1918).

« Pide esta reacción, este "nuevo Pentecostés", que mi Iglesia necesita: sacerdotes santos por el Espíritu Santo. El mundo se hunde porque fallan sacerdotes de fe que lo saquen del abismo en que se encuentra; sacerdotes de luz para iluminar los caminos del bien: sacerdotes puros para sacar del fango a tantos corazones: sacerdotes de fuego que llenen de amor divino al universo entero.

« Pide, clama al cielo, ofrece al Verbo para que todas las cosas se restauren en Mí por el Espíritu Santo ». (Diario T. 49. p. 250-251, noviembre 1º, 1927).

« Quiero volver al mundo en mis sacerdotes: quiero renovar al mundo de las almas manifestándome Yo mismo en mis sacerdotes: quiero dar un poderoso impulso a mi Iglesia infundiéndole como un "nuevo Pentecostés", el Espíritu Santo en mis sacerdotes » (Diario T. 50, p. 165, enero 5, 1928).

« Para alcanzar lo que pido deben todos los sacerdotes hacer una consagración al Espíritu Santo, pidiéndole, por intercesión de María, que venga a ellos como en un "nuevo Pentecostés", y que los purifique, los enamore, los posea, los unifique, los santifique y los transforme en Mí » (Diario T. 50, p. 296, enero 25, 1928).

« Algún día, y no lejano, en el centro de mi Iglesia, en san Pedro, se llegará a hacer la consagración del mundo al Espíritu Santo, y las gracias especiales de este divino Espíritu se derramarán en el Papa feliz que esto haga.

« Hace mucho tiempo que vengo indicando este mi deseo de que se consagre el universo al Divino Espíritu para que se derrame en la tierra como un "segundo Pentecostés" (Diario T. 51, p. 135, marzo 11, 1928).

Claude Lamy

Le 1^{er} décembre 2008